

REAL ACADEMIA DE EXTREMADURA

Acto de inauguración del curso académico

Cáceres, día 4 de octubre de 2018

Salutación

La Real Academia de Extremadura consideró oportuno instituir y hacerlo coincidir con el solemne acto de inauguración del curso, una mención honorífica que ponga de manifiesto el servicio, desde luego desinteresado y voluntario, que algunas personas prestan o han prestado a nuestra corporación.

Tal decisión en modo alguno es caprichosa, pues en el Decreto de creación dado en Madrid el día 6 de junio de 1980, se dice que la Academia ha de representar un foco de cultura en toda Extremadura, y que contribuirá grandemente a la expansión y florecimiento de las Letras y de las Artes. Pero la realidad es tozuda, de tal manera que por sí sola, esta academia, volcada en el quehacer propio del mundo de las ideas literarias y de la creación o de las enseñanzas artísticas, no puede con sus medios actuales allegar todos los recursos materiales, voluntades y gestiones para poder cumplir honrosamente estos principios que inspiran su propósito enunciado en el Decreto de creación hace ya casi cuarenta años.

Es por ello que ha de resultar virtud propia del que bien procede, otorgar el reconocimiento a quienes apoyan los proyectos académicos. Eso es lo que hacemos hoy público ante la sociedad extremeña, ante el mundo de la universidad, ante los hombres y mujeres que se afanan en distintos sectores de la cultura, ante los profesores, y ante todos los que se emplea mucho o poco en la acción cultural.

Esta tarde presentamos a dos personas cuyas biografías o trayectorias son bien distintas. Uno forjado en la brega

laboral, “a pie de obra”, para decirlo así en términos de ingeniería civil. Otro empleado en el mundo de la intelectualidad y la docencia con el pensamiento como herramienta principal. Pero ambos tienen un denominador que les hace sentarse juntos esta noche para que su dedicación sea honrada al tiempo que nos honran a todos. En los dos se da la condición de tener un corazón generoso. Ya que resulta palpable al oír su discurrir, y en lo que concierne a esta real institución, el beneficio aportado que debe ser tomado en consideración y eso hacemos hoy.

A tenor con lo expresado, declaramos que son objeto y ejemplo de apoyo a esta casa con el aporte personal de sus saberes, de sus medios y de su tiempo los ilustrísimos señores Don Bartolomé Gil Santacruz y Don José Antonio Ramos Rubio, cuya *laudatio*, en mi condición de Censor de esta Real Academia me dispongo a expresar ante ustedes.

Perdone el auditorio que, aun manteniendo el ritual que es obligado por la liturgia medida de este acto, me tome la licencia de anotar mi conocimiento personal y mi relación con los homenajeados e incluya en mis palabras ciertas referencias a ello, cosa de la que no quiero prescindir ni puedo, pues la relación humana y cercana, no ha de estar excluida del anchuroso campo de las humanidades; en este caso expresadas en el enjundioso quehacer de las Letras y de las Artes.

DON BARTOLOMÉ GIL SANTACRUZ

Al referirme al señor Gil Santacruz me inunda ahora el mismo pensamiento que debió sobresaltarle a Gloria Fuertes cuando señalaba: “*Yo no puedo pararme en la flor/ me paro en los hombres que lloran al sol*”. Es decir,

no puedo detenerme en las flores que ha recibido y en los homenajes, distinciones, menciones y actos de reconocimiento. Sino que quiero subrayar otras cuestiones que son el eje vertebral de su discurrir, el cimiento de sus intenciones, el perfil de su sencillez y de su esfuerzo. Y es que el transitar todo de Bartolomé, de Bartolo si se me permite, está fraguado con dos manos y una asombrosa inteligencia natural. Una mano la la usado para ganar lo necesario y otra para atender y ayudar a lo que consideraba que merecía la pena y a veces era urgente. No pocas ONGs nacieron y sobreviven con su ayuda. Algunos ilustres hombres tienen bustos en los parques donde juegan los niños y aprenden de ese nombre con frecuencia dándole balonazos a la escultura. Hay Fundaciones en países hispanoamericanos que supieron de sus favores. Hacia allá viajó, con aquellos necesitados compartió tiempo, y a esas personas llevó el consuelo y el aporte necesario para mejorar la vida de mayores y de niños.

Algunos capítulos de su vida contienen anécdotas divertidas y que demuestra que nada le ha frenado. Un día le dijeron que si se iba a repetir en su pueblo natal, Santa Marta de los Barros, lo que ya había ocurrido en Santa Marta de Colombia. Bartolo se fue a Madrid, compró un tranvía viejo, lo restauró y lo colocó en el centro de su pueblo, con gran asombro de los que llegan a los que hay que explicarles la razón de la canción de *Santa Marta Santa Marta tiene tren pero no tiene tranvía*. Y es que acaeció que en el siglo XIX el español asentado en Colombia, Joaquín de Mier y Benítez, tenía una hacienda dedicada al cultivo de caña de azúcar y de banano. En un viaje a Europa se llegó hasta Francia y compró un tren que llevó hasta su hacienda esperando que las autoridades le pusieran las vías para sacar las producciones y llevarlas al

mercado, pues para ello tenía una gran dificultad. Pero no le hacían las vías del tren, es decir el *train-vía*. En ese trance Manuel Medina Mascote, veterano acordeonista guajiro, vio que no podía hacer rimar “Santa Marta tiene tren pero no tiene vías del tren, y puso “Santa Marta tiene tren pero no tiene tren vía, o sea tranvía”. Es una anécdota simpática. Santa Marta de Colombia siguió sin tranvía, pero en nuestro caso sigue está encaramado en la plaza el Tranvía de Bartolo. Pero si viajamos a la República Dominicana podemos encontrar un comedor infantil llamado “Bartolomé Gil Santacruz”, o un monumento al hombre del campo que se eleva en el pueblo extremeño de Feria.

¿Y sobre nuestra Academia?

Pues hasta Alburquerque de EE UU se marchó y con el alcalde de nuestro Alburquerque extremeño, Ángel Vadillo, allí entregó al edil americano la obra de Eduardo Naranjo “*Un poeta en Nueva York*”. Y podemos asegurar que sin su colaboración no hubiera realizado esta casa la mayor obra hasta ahora editada en sus cuatro décadas de vida. Me refiero a los dos volúmenes sobre “*Historia de la Baja Extremadura*”, aparecidos en 1986. Ese tratado sobre una parte de lo nuestro territorio se ha convertido con el tiempo en una obra de referencia que figura como elemento de consulta y garantía del bien hacer en las más importantes bibliotecas y facultades de historia. Supone sin duda un aporte que fue desarrollado por un grupo de especialistas y dirigida por ese gran erudito que es el académico Manuel Terrón Albarrán, nuestro primer secretario y pieza imprescindible para que se llegara a fundar esta Academia, la única creada bajo el reinado de Juan Carlos I. La obra está prologada por el que entonces era presidente, pues así figura en los libros, de la Real

Academia de Extremadura Antonio Hernández Gil. En letra impresa se destaca la colaboración económica y decisiva de Bartolomé Gil Santacruz.

La intensa vida de nuestro homenajeado daría para una novela costumbrista, un empresario que es contrapunto absoluto de aquellos jarrapellejos que nos descubrió Felipe Trigo. Bartolo es un subproducto de esos personajes de la posguerra que, ante la absoluta falta de medio y con una escasa formación en las aulas, aplicaron su inteligencia usando una “gramática parda” que les valió para sobrevivir y prosperar. El personaje que hoy nos honra con su presencia y al que rendimos este homenaje es una referencia paradigmática de entrega a los demás. En el relato biográfico “*El hombre y la fe*”, a él dedicado, puedo leer en palabras de uno de sus autores: “*Lo que me ha fascinado de la vida de este extremeño excepcional es que sea ejemplo del ejercicio de algunos valores tan necesarios hoy como ayer: coraje, voluntad, generosidad y responsabilidad*”.

Conozco a nuestro hombre desde hace cuatro décadas al menos. He tenido estrecha relación con él en el mundo de la cultura, en mis distintos puestos de responsabilidades. Le conozco como empresario, pues yo fundé y diseñé la empresa de *Agua Los Riscos* que él hoy regenta con otros socios, y en su vertiente humana es un tipo singular, siendo yo testigo de sus apoyos para que no pocos borradores acabaran en una editorial. Fue Bartolo en su niñez espectador de una vida de desiguales, al mirar los magros latifundios de la Baja Extremadura y sufrió en sus carnes ese modelo tan penoso de marginación, pues parecía que el siglo XIX se había prorrogado en algunas décadas del siglo XX. A pesar de ello jamás albergó dentro de sí ni resentimiento ni conoce la envidia. Por eso,

por ser un hombre de bien que ha sabido mirar a su alrededor y prestar tanta ayuda, hoy está con nosotros.

Por todo lo anteriormente expuesto, la Real Academia de Extremadura, ha tenido a bien otorgan el GALARDÓN ACADEMICO 2018 POR SU COLABORACIÓN CON NUESTRA INSTITUCIÓN al Ilustrísimo Señor Don Bartolomé Gil Santacruz.